

3. Leyendo en el XIX

Preparad lectores.
Sarmiento

³⁶El *Correo del Domingo* de Buenos Aires, n. 86. Las cursivas son del texto. Las cartas de Rugendas, escritas a Clara Álvarez Condarco hasta marzo de 1843 (cuando ya se encuentra el pintor en Perú), traducidas del francés por Virginia García Lyon, forman parte de la carpeta *Antecedentes*, antes citada, n. 3. En ellas Rugendas se refiere sobre todo a la oposición a su matrimonio con Clara por la familia de ésta, sin que se cruce ninguna mención o comentario de libros compartidos.

³⁷"Gime de verse sola en su desierta morada y se tiende en el lecho antes ocupado por Enecas. Ausente al ausente ve y oye." Libro IV, 82-84.

³⁸Denis de Rougemont, *El amor y Occidente*, 3ª ed., Numancia-Barcelona, Kairós, 1984, p. 222.

³⁹En 1841 (317) expresa: "Por ahora me ocupo de leer un tratado de Ortología y prosodia de la lengua castellana, por Secilia ..." El tema de su falta de estilo se reitera una y otra vez.

⁴⁰*Archivo del doctor Juan María Gutiérrez. Epistolario*, Buenos Aires, Congreso de la Nación, 1981, vol. 2, pp. 69-70.

⁴¹El colombiano Juan García del Río había sido responsable con Andrés Bello, con el cual había llegado en misión oficial a Londres, de la *Biblioteca Americana* y del *Repertorio Americano* publicados en 1823 y entre 1826-27 respectivamente. Cuando el gobierno patriota cae en manos españolas en 1817 se radica en Chile, donde dirige en 1842 *El Museo de Américas* de Valparaíso.

⁴²Se refiere a la publicación anónima de su único texto y luego a las traducciones que hizo para *El Museo de Américas*, y por último a la invitación que recibe de los editores de *El Crepúsculo*. Evidentemente Rugendas la alienta a escribir. (1843, 424)

⁴³Madrid, Cátedra, 1993.

⁴⁴Hago referencia al título de la excelente compilación de Oscar Pinochet de la Barra, quien reconoce a Carmen Arriagada como escritora.

A partir de las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX fueron cobrando presencia creciente lectores y lectura en el interior de los relatos, a medida que se constituía un público latinoamericano que, poco a poco, según los centros, se distribuía en circuitos diferenciados en el mercado y que, a su vez, en otro plano, pesaba en las transformaciones de la *representación del acto de leer*.

Durante el XIX difícilmente renunciaban los diversos segmentos de las élites a intervenir en indicar el camino a seguir en la vida social, asignándose a sí mismos y al libro un papel rector, cuya incidencia tendemos hoy (como ellos) a exagerar muchas veces, dado el público reducido, su dispersión territorial, los modos en que actuaba (y actúa) en él la heterogeneidad cultural y lingüística, junto a la exclusión de extensos sectores sin contacto con la escritura y el impreso. Este último hecho nos advierte además sobre los peligros de referirse mecánicamente a relaciones (en razón de disparates estratos sociales), cuya interpenetración y movilidad deben ser tenidas en cuenta en cada caso.¹

A pesar de las reservas morales, un sector de las élites confiaba en que los folletines (y las novelas) podían lograr mayores y más amplios efectos en el conjunto de la población alfabetizada y urbana que otros discursos que se proponían

aleccionar acerca de los modelos de sociabilidad y de familia convenientes para flamantes naciones que cumplían o intentaban cumplir una rápida modernización y consolidación del estado nacional. También se los temía. Con razón Cornejo Polar llama la atención sobre las escenas en las que se enseña a leer, como ocurre en *Aves sin nido* (1889) de Clorinda Mato de Turner o en *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos: "Es como si la propia novela tematizara la urgencia de la formación del público lector que necesitaba para encontrarse con su verdadero sentido y en el fondo, más escuetamente, para poder existir en los términos sociales —los de la modernidad obviamente vinculada al alfabetismo— que preconizaba."²

Desde la simple mención del libro, el periódico o el recitado de un poema —grano menudo de lo verosímil—, las novelas iban articulando tipologías, inducían lógicas de lectura, daban señaban lectores ideales, alentaban la lectura placentera o afinaban los resortes del didactismo en procura de dirigir las conductas públicas y privadas. Iban anudando formas de sociabilidad al compás de otras experiencias colectivas —en un arco que se desplazaba desde la conversación íntima y el chisme hasta el club político, el motín o simplemente la calle—, en las cuales se daba un complejo tramado de formas orales. Valiéndose de las representaciones del acto de leer calibraban también sus mecanismos de seducción, propiciando el encuentro de las afinidades electivas, que rara vez durante esta etapa llegan a la puesta en escena de la lectura como impulso a la escritura.

Muchas veces solían detenerse en el soporte material —las encuadernaciones, ilustraciones, etc.—, estimulando la atracción del objeto por las novedades que incorporaba o por la distinción que otorgaba al poseedor hasta recalcar en el prestigio de la biblioteca. Mediante la escenificación de la lectura también se discutía, se polemizaba, acerca de los modos de entender las funciones de los discursos y, en ellos, de la literatura, también, por supuesto, las responsabilidades cívicas del lector, de las dirigencias políticas y del Estado. La

elección de los libros citados era un dato importante, tanto como la manera de leerlos y los sentimientos o ideas que suscitaban.

Solo revisaremos brevemente la representación del acto de leer en novelas de diferentes países hispanoamericanos con el fin de ingresar en otro capítulo en el análisis de *María* del colombiano Jorge Isaacs, precisamente por ser una de las más leídas hasta bien avanzado el siglo XX. Me interesa plantear en ella el problema de los modelos, teniendo en cuenta que se convertirá ella misma en modelo de novela americana y de conducta femenina; pero nuestro punto de partida para entrar en estas cuestiones está nuevamente en Chile, rodeando las reflexiones de Alberto Blest Gana sobre las funciones sociales de la novela nacional con otros aportes sobre nuestro tema, que se compaginan con la historia de Carmen Arriagada.

¿Por qué atender especialmente a la lectura de la novela? Seguramente mi interés y mi trabajo con ciertos textos guió mi elección. Sin embargo es evidente que se trata de un género moderno, preferido por esas masas urbanas que habían también su paulatina aparición, un género que se convierte en respetable mientras avanzan las tres primeras décadas del XIX. En América Latina la concreción de una novela con rasgos propios fue mucho más lenta que en Europa o los Estados Unidos. De todos modos, el género ganó un público integrado por distintas capas sociales, si bien en general inserto en los marcos más o menos amplios y lábiles de la llamada gente decente.

El género era exitoso en ámbitos tomados como modelo, Europa y especialmente Francia, Inglaterra y Alemania³ y colaboraba en afianzar y extender el consenso necesario para acordar con, y autorizar, los rumbos impuestos a la nación por los sectores dirigentes. Lo hacía al hacer inteligible el presente tramando fábulas que presentaban panoramas alentadores de la experiencia social vivida, que canalizaban las contradicciones, dando pie, también, a desacuerdos políticos e ideológicos, a veces con una intensidad notable. Eran un

buen instrumento para dar cuenta de los cambios generales en circunstancias precisas y para diseñar idiosincrasias y espacios propios, peculiares, valiéndose de sus historias.

También Antonio Cornejo Polar advierte sobre la necesidad de atender a las rupturas que el proceso independentista produjo "entre las letras coloniales y republicanas". Desde esta preocupación hace hincapié en cómo comprender el nexo entre literatura y público: interpreta la aparición de un nuevo lector "no porque sea definitivamente distinto o más vasto que el colonial, sino porque negocia otra articulación con la literatura a la que exige condiciones hasta entonces inéditas", en cuanto implica el trabajo para procurar el surgimiento de la opinión pública, especialmente a través de la prensa, donde se juegan los compromisos del *nuevo pacto de lectura* que instituye el costumbrismo literario, motivo de sus reflexiones.⁴

Al referirse a las relaciones entre éste y la emergencia de la novela en América Latina se ocupa también de las expectativas puestas en el género como instrumento orientador de la ciudadanía.⁵ Quizás un dato importante acerca del letrado republicano sea la ilusión de liberarse de la experiencia amarga por la indiferencia o el menosprecio metropolitano, que habían alimentado las quejas, y el orgullo, del criollo Carlos de Sigüenza y Góngora, buen ejemplo de letrado colonial en el virreinato más poderoso —tal era la Nueva España del siglo XVII—, cuyas obras, la mayoría de ellas, no alcanzaron la publicación. Surgía, por otra parte, la posibilidad nueva de lograr una función relevante, incluso directa, en el propio ámbito.

Del lado del autor y del lector, es claro, se incentivaban las esperanzas de que disminuyeran las restricciones de la censura y quedarán atrás los pesados controles metropolitanos sobre la entrada de material impreso. Ahora, éste debía responder a nuevas necesidades que podían cubrirse con la diversidad y el incremento de las ofertas, que se mezclaban con los modos también muy diversos de acceder a las novedades y a las noticias —bandos, partes de guerra, cartas, mar-

chas y cantos patrióticos, piezas teatrales, artículos, etc., etc., entretejidos con los rumores, que confirmaban o desorientaban los cotilleos, en un mundo convulsionado por la guerra y los enfrentamientos ideológicos y políticos, en el cual la palabra ganaba la calle y la calle ensayaba nuevas maneras de intervenir con su palabra. "La sed de noticias motivaba poderosamente el deseo de saber leer, y para los que no lo hacían, el solo escuchar a los vendedores anunciar los encabezados despertaba su curiosidad por conocer lo que acontecía más allá de su barrio o localidad. 'El voceo mismo con que los papeles se anunciaban, excitaba a la sedición, por los títulos alarmantes que con este fin se les daban, por lo que el gobierno hubo de prohibirlos, mandando que los impresos se vendiesen en las imprentas o en puestos señalados para este efecto.' ... Esto no impedía, por supuesto, que las noticias corriesen de boca en boca. La guerra fue el móvil más importante para despertar el gusto por la lectura ... convirtió a una parte de la población en asidua lectora de la prensa periódica, de los folletos y revistas, y de cuanto chismorreo o noticia política estuviera consignado en el papel."⁶ Nuevos intereses daban nuevos sentidos y difusión más extensa al impreso, impulsaban las formas en ciernes de la política moderna y modelizaban al ciudadano.

La apuesta a un amplio público lector. Lizardi en el pasaje entre Colonia y República.

Item: dejó una librería que bien vendida en el baratillo no dejará de producir catorce reales.

Item: dejó una multitud de papeles que he escrito sobre diversas materias, de los cuales unos son buenos y otros malos y otros entreverados; algunos de ellos han causado mil cóleras, evacuaciones y dolores de cabeza a cierta clase de lectores.

Item: dejó a mis enemigos los fanáticos el cuidado de destrozar y morde mi opinión siempre que puedan, bajo el seguro de que no les puedo responder; pero acuérdense que mientras viví, nadie me fue por la respuesta a Roma cuando me insultó por las prensas.

Item: dejo a los escritores la lección de que no se empeñen en defender los derechos de otros con demasiado calor, ni en combatir los abusos con energía, pues además de que se adelantarán muy poco en tan grande empresa, se atraerán el odio de todos los criminales, y si éstos pudieren, no cesarán de perseguirlos.

José Joaquín Fernández de Lizardi, *Testamento y despedida*⁷

No me voy a detener especialmente en la importancia que tiene para nuestro tema la producción de José Joaquín Fernández de Lizardi, ya hoy prácticamente accesible casi en su totalidad gracias al trabajo de archivo de varios especialistas, entre ellos Jefferson Rea Spell, cuya labor recuperó y profundizó el Centro de Estudios Mexicanos de la Universidad Autónoma de México con la recopilación de sus *Obras*, editadas a partir de 1963. Sin embargo me veo obligada a no dejar de lado su figura en ese pasaje entre finales de la colonia e inicio de las nuevas repúblicas, en cuanto claro representante de "la ilusión ilustrada" criolla, como denomina Antonio Cándido con buenas razones al "mito de la instrucción redentora", por su fe excesiva no solo en la instrucción mediante las instituciones escolares sino sobre todo a través de la circulación de todo tipo de materiales impresos, considerados los vehículos más apropiados para las transformaciones que debían producirse para echar las bases de una sociedad nueva.⁸

Buenas razones que se matizan con las ya apuntadas de Cornejo Polar, coincidentes en parte con las de Benedict Anderson respecto de la importancia de la prensa y los relatos: "Las peregrinaciones virreinales, llenas de obstáculos, no tuvieron consecuencias decisivas mientras su alcance territorial no pudiera imaginarse como una nación, es decir, mientras no llegara el capitalismo impreso." Sin restar peso a otras causas relevantes en este proceso, cierra este capítulo de *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, reafirmando su convicción: "Lo que estoy proponiendo es que ni el interés económico, ni el liberalismo o la Ilustración, podrían haber creado *por sí solos* la clase o la forma de comunidad imaginada que habrá

de defenderse contra las depredaciones de estos regímenes; dicho de otro modo, ninguno de estos conceptos proveyó el marco de una nueva conciencia —la periferia de una imagen que apenas se distingue— por oposición a los objetos centrales de su agrado o aversión. Al realizar *esta* tarea específica, los funcionarios criollos peregrinos y los impresores criollos provinciales desempeñaron un papel histórico decisivo.⁹

Un proceso lento y contradictorio, sin embargo, con consecuencias riesgosas para la cohesión social, comprometida por las definiciones del ciudadano y de la participación política moderna pasando por las nuevas formas de sociabilidad y de distribución y uso de los espacios privados y públicos, hasta los modos de pensarse y de imaginarse colectivamente, de asumirse como integrantes de una comunidad. Céline Desramé expresa una consecuencia importante de ese pasaje "del manuscrito al reino de la prensa" en Chile y en la década de 1840, que puede encararse desde el marco mayor, y decisivo, de los modos de comunicación orales tradicionales y los de la escritura y del impreso: "En esos entonces, la escuela había sustituido a la Plaza Mayor para la formación de los ciudadanos. El mundo popular, movilizado verticalmente por la escenificación del poder, quedaba momentáneamente excluido de un debate que exigía el uso de la razón, como de sus nuevos espacios, convirtiéndose de hecho en un 'pueblo' al que había que educar. El ambicioso proyecto de los primeros liberales, identificado en adelante con la extensión de las formas democráticas, llevaba a la vez consigo una segregación creciente."¹⁰

Las características de venta, habituales por cierto en esta etapa, la profusión de folletos y hojas sueltas de Lizardi, entre otras causas, dificultaron el conocimiento posterior de su obra completa. El mero enunciado de los pasajes que van del pliego o la hoja suelta a su reunión en los volúmenes encuadernados y ordenados por especialistas de una edición universitaria siglo y medio después, apenas nos permiten vislumbrar los cambios en la lectura de Lizardi, avalados además por la consagración, y la canonización, alcanzada a

través de las sucesivas ediciones de sus textos más importantes —sus novelas sobre todo— durante el siglo XIX y el XX, prologadas y anotadas, en colecciones destinadas a estudiantes secundarios y universitarios.

De esta cuestión quiero traer algunos datos sobre los andariveles por los cuales tal acceso se desarrolló, representativos en buena medida de muchos procesos de la recepción en América Latina de textos de esta etapa. Entre 1885 y 1889 el bibliófilo y millonario estadounidense Adolph H. J. Sutro incorpora a su colección unos 200.000 volúmenes de documentos y primeras ediciones de obras mexicanas, de los cuales un importante número eran de Lizardi. Casi simultáneamente, en 1886, sus *Fábulas* se convierten en texto oficial para los niños de las escuelas de México. El interés creciente de los investigadores en reunir su obra —Luis González Obregón, Jefferson Rea Spell o Paul Radin¹¹—, contó luego con la institucionalización señera de la *Antología del Centenario: Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de Independencia* (1910), que había incorporado a Lizardi en su primer volumen.¹² Un legado respaldado por importantes críticos y escritores mexicanos —Ignacio Manuel Altamirano, Mariano Azuela, Agustín Yáñez...— y por ediciones masivas, como las de la editorial Sopena que, a principios del 900, incluye *El Periquillo Sarniento* en su Biblioteca de Grandes Novelas. En 1914, *La Nación*, el importante matutino de Buenos Aires, inicia la publicación de su Biblioteca de Grandes Novelistas, en condiciones similares a las de la ya reconocida Biblioteca de La Nación. Si bien los autores argentinos o latinoamericanos parecen no merecer la jerarquía exigida para integrarse a una selección que se pretende “universal”, ingresa bastante rápidamente (lleva el número 55) esta novela de Lizardi, quizás porque la legitima una “antigüedad” —es el “origen” de la novela americana— que le otorga visos de clásica. Esta inserción en distintos circuitos del mercado editorial pareciera cumplir por fin con las demandas de libre comercio del impreso, continuamente puestas en escena por Lizardi.

Quisiera entrar a la breve consideración de la importancia de Lizardi en nuestro tema, atendiendo solamente a algunas cuestiones recién enunciadas sobre los inicios republicanos, a partir de los fragmentos pertinentes citados del invaluable y dramático testimonio de su *Testamento y despedida*, publicado como folleto a los dos meses de su muerte en 1827, y del epitafio que había pedido se colocara en su tumba: “Aquí yacen las cenizas del Pensador Mexicano, quien hizo lo que pudo por su patria”.

Estamos ante el modo de entender un ilustrado su misión patriótica, colocada fundamentalmente en la función docente de la palabra escrita destinada a un nuevo público, de formación heterogénea y en buena medida de letra escasa, y que es su aliado en el desafío de quebrar “la lengua secreta de la ciudad letrada” (el latín), según apunta Ángel Rama. Una de las formas privilegiadas para ello será la constante presencia en sus escritos de los lazos entre autor y público. Además, por supuesto, advirtió las posibilidades de difusión de la fábula, el diálogo, el artículo breve y la novela —y quizás la posibilidad de rehuir así los controles impuestos a la prensa o a los folletos.¹³ Por otra parte, el Pensador Mexicano es buen ejemplo del ingreso a la actividad pública de letrados de distinta pertenencia social, que pretenden vivir de su profesión, reclamo reiteradamente puesto en escena (su “mal comer” suele llamarlo), corroborado por la actividad constante en el mundo del impreso.

Instrumenta su lucha a través de diversos proyectos pensados en todos sus detalles concretos, entre otros, el comendado por Jefferson Rea Spell: “Su intento de establecer un club de lectura es una prueba más del sincero deseo de Lizardi de educar a sus compatriotas, y es prueba también del mezquino espíritu de esos tiempos. Su plan era abrir un salón de lectura, y allí, por una pequeña paga, dar al lector todos los folletos importantes que fuesen apareciendo, los cuales, por una pequeña suma adicional, le serían enviados a su casa. Al punto se objetó que tal plan arruinaría a otros

autores y que el público se vería forzado a leer solamente los folletos de Lizardi."¹⁴

Aleccionar en todos los frentes

En el cruento pasaje del final de la colonia a la república, y quizás más allá, pocos escritores lograron consolidar la imagen de una figura tan acuciada por construir un público lo más amplio posible mediante la libre circulación del impreso, entendido como herramienta privilegiada para echar las bases de la opinión pública. Lizardi considera a esta última requisito indispensable para dar los primeros pasos hacia una sociedad moderna, es decir, guiada por la razón, la cual, al constituirse en una nueva nación, debería conformarse como una ciudadanía.

Se había dado a conocer en 1811 con alguna producción esporádica cuando ya había comenzado el enfrentamiento armado y habían repercutido en México los pronunciamientos de muchas otras de las colonias españolas y, lo que no es menos importante, la independencia de los Estados Unidos. Más allá de las implicaciones de Lizardi en esta cuestión, parece claro, volviendo a las ideas de Cornejo Polar, que ella moviliza su actividad discursiva encarándo, haciéndose cargo, de la necesidad de revisar las deficiencias de esa sociedad que emprende o se propone emprender una nueva etapa. Digamos que le importan sus fundamentos, cuyos límites comprueba tan pronto se entrega a la tarea elegida, cuando las Cortes de Cádiz el 30 de setiembre de 1812 restablecen la libertad de imprenta, reconocida a regañadientes por el virrey y clausurada a los dos meses. La irrupción de un torbellino de libelos y panfletos secundó el lanzamiento de su periódico *El Pensador Mexicano* (1812-1814), rápidamente acosado por la censura y seguido por el encarcelamiento del director. Este primer periódico le proveerá de un seudónimo, índice claro de su recepción exitosa, y de un camino no abandonado hasta su muerte aunque marcado por esos ries-

gos iniciales que culminaron con la excomunión por su *Defensa de los francmasones* (1822), en contra de la prohibición de la francmasonería por bula papal, y con la frecuente calificación de hereje. Le sobrarón los enemigos en el ámbito eclesiástico y en los grupos de poder político y social. Y tales asuntos, el fanatismo, la hipocresía, las imposiciones de la iglesia católica, las restricciones a la prensa, etc., actuando como frenos a la libertad de conciencia y de circulación del pensamiento, fueron el motor básico de sus periódicos, sus panfletos, sus fábulas o sus novelas, vendidos en las calles en pliegos sueltos o en hojas volantes.

Elude la censura y los problemas surgidos con *El Pensador Mexicano* en momentos en que se restaura el absolutismo en España y se restablece la Inquisición en México (entre 1814 y 1820) con dos nuevos periódicos, de críticas más atenuadas, la *Alacena de Frioleras* y el *Cajoncito de la Alacena* (1815). Pero cuando algunos artículos de este último caen bajo la censura se embarca en la novela¹⁵, un género muy atractivo pero nunca antes por él practicado, que puede protegerlo con sus historias ficticias, amén de que le permitiría ampliar los lectores o ganar nuevos "algunos muchos que carezcan, tal vez, de mejores obras en que aprender, o también para algunos jóvenes (o no jóvenes) que sean amigos de leer novelitas y comedias". De esta manera se refiere al género en el prólogo a *El Periquillo Sarniento* (1816), confiado además en las posibilidades de repercusión no limitadas a la capacidad de leer, explicitadas en el título del capítulo segundo ("En el que Periquillo da razón de su ingreso a la escuela, los progresos que hizo en ella. Y otras cosas que sabrá el que las leyere, *las oyere leer o las preguntare*", p. 18. La bastardilla es mía).

Hacia fines de noviembre de 1815, cuando las sucesivas entregas habían completado el tercer volumen de *El Periquillo Sarniento*, se prohibió su aparición por expresarse en contra de la esclavitud, hecho que aumentó su popularidad y el precio de los ejemplares existentes. Insistió sin embargo en el género con *La educación de las mujeres o La*

Quijotita y su prima (1818), movido, según dice, y es un dato sobre la interacción del público, por la carta de "La Curiosa", luego de leer su primera novela. Con la obediencia a tal pedido, una novela según los gustos femeninos¹⁶, Lizardi presenta a las lectoras que, como sabemos, generaban expectativas por su creciente número y porque su interés en el género daba oportunidad, junto a los impresos misceláneos, de incidir en la formación de las cualidades aconsejables para su rol en la familia de las nuevas naciones.¹⁷

Lizardi se embarca en el tratamiento de los más variados asuntos de la vida social (la iglesia y la Inquisición, la educación popular, las condiciones de vida del indígena, la Constitución nacional, las costumbres) como medio para impulsar en ella reformas radicales en diferentes órdenes —económicos, sociales, políticos, religiosos. Al mismo tiempo, y es una de sus más importantes facetas, se propone enseñar a esos lectores poco diestros las maneras de ejercer dicha crítica, valiéndose de la razón como guía y de las distancias propias del humor y la ironía, auxiliado solo por el mero dominio del lenguaje cotidiano, buen vehículo de "la verdad pelada" que plantea como modelo¹⁸, tanto como de una mezcla de géneros y subgéneros eficaces (la sátira, la fábula, el diálogo jocosero, etc.) por sus amplios efectos.

Este didactismo, además, debe incluir el aprendizaje del rol importante que desempeñan la materia misma que les sirve de soporte y los problemas económicos que esto trae para la expresión de las ideas, continuamente aludidos. Es evidente su reclamo de un moderno comercio del libro, al que define como mercancia. En el "Prospecto del periódico y advertencias a los lectores" que abren el número 1, del tomo 2 de *El Pensador Mexicano*, luego de dar instrucciones acerca de colaboraciones, suscripciones e informaciones sobre la frecuencia de aparición del periódico, fundamenta el precio con los siguientes argumentos: "Si se le arguye a cualquier comerciante con la carestía de sus géneros, inmediatamente alega: que las guerras, que los insurgentes, que los costos, fletes, alcabalas, averías, etcétera. ¿Por qué, pues,

no le ha de ser lícito al escritor cuando encarece sus obras alegar que el papel está sobre diez y ocho o veinte pesos la resma, que sale a medio real el pliego blanco, que los costos de la imprenta son subidos, que a los repartidores se les paga su trabajo y a los expendedores también, etcétera, etcétera, etcétera? Muy bien está que el fin primario de todo escritor no ha de ser únicamente el lucro; pero tampoco es justo que se pierda el tiempo y el dinero, porque si el que sirve al altar come del altar, el que sirve al público debe comer del público"¹⁹. Y cierra el último número de su último periódico, *Correo Semanario de México* (1826-1827), volviendo a los trabajos específicos de impresión de todo diario y la incidencia del dinero en ella: "La escasez de subscriptores, que no proporciona que se costee este periódico, y mis graves enfermedades no me permiten continuarlo. Doy las gracias a los señores subscriptores que han tenido la bondad de favorecernos hasta el fin, suplicándoles dispensen las erratas, dilaciones y otros defectos que no he podido evitar. A los señores subscriptores que aun restan algunos piquillos, suplicamos proporcionen su remisión, pues no habiéndose costado el periódico, claro es que nuestro bolsillo debe pagar lo que falte."²⁰

El "Prólogo, dedicatoria y advertencia a los lectores" de *El Periquillo Sarniento* refrenda este interés tanto como sus convicciones sobre una producción y una circulación moderna del impreso, evidenciando otra vez cuánto pesan las bases materiales y hasta dónde colaboran en el control de la libre expresión y del trabajo de un autor, cuya condición perfila la del mismo Lizardi —"los pobres no debemos ser escritores, ni emprender ninguna tarea que cueste dinero" (p. 2²¹). Los planteos, aprovechando los juegos argumentativos que le proporciona el diálogo jocosero, se detienen en las fatigas y los sinsabores que conlleva la producción, la publicación y la difusión de un libro, sin olvidar los beneficios que editores y libreros imponen para hacerlo posible. El punto de partida es una extensa puesta en escena que parodia la convención de la dedicatoria, destinada a obtener un mecenazgo, quien, mediante un claro toma y daca, recibe la lisonja a cambio

del pago de la edición, siempre mucho más costosa en América.

Trae así a colación, con bastante detalle, las barreras que obstaculizaban la proyección del escritor colonial, porque publicar era siempre más caro en América: "Esta desgracia hace que no haya exportación de ninguna obra impresa aquí; porque haz de cuenta que mi obrita, ya impresa y encuadernada, tiene de costo por lo menos ocho o diez pesos; pues aunque fuera una obra de mérito, ¿cómo había yo de mandar a España un cajón de ejemplares, cuando si aquí es cara, allí lo sería excesivamente? Porque si a diez pesos de costos se agregaban otros dos o tres de fletes, derechos y comisión, ya debería valer sobre trece pesos; para ganar algo en este comercio, era preciso vender los ejemplares a quince o dieciséis pesos, y entonces ¿quién compraría allá?" (p. 2). Y también porque toda obra sería requiere la lectura de otras que hay que procurarse con esfuerzo ("de andar buscando un libro prestado por allí y otro por acullá, después de tener que consultar esto, que indagar aquello, que escribir, que borrar algo, etc.", p. 3).

Finalmente, la revisión razonada ha conducido a los verdaderos mecenas, los lectores, aquellos "que leen las obras a costa de su dinero", y a retomar la burla de la dedicatoria (en cuanto "tributo debido a vuestros reales méritos", p. 4, cursiva de la novela) que permite acercar a lector y autor —si tenemos en cuenta que *El Periquillo Sarniento* recurre a la autobiografía ficticia— por su compartida condición de pícaros.

Las novelas históricas suelen recurrir a la ficcionalización de la lectura para reponer estas transformaciones que posibilitan con la escenificación del temor o del entusiasmo, los comentarios o las discusiones, una representación epocal que se convierte en vehículo productivo de las tramas y las significaciones. Quizás aquí podamos recordar el emblemático epígrafe de *El Siglo de las Luces* de Alejo Carpentier —"Las palabras no caen en el vacío"— donde Esteban, el intelectual "traductor" de la experiencia de la Revolución Francesa, se desplaza desde la confianza en el lector ocasional capaz de

transmitir al esclavo analfabeto los Derechos del Hombre hasta el encierro reflexivo en su subjetividad al calor de la lectura de *El genio del cristianismo* de Chateaubriand que, en esa España invadida por las fuerzas napoleónicas, elegirá finalmente la entrega a la rebelión popular.

Esta celebración de Carpentier, que revisaré más adelante, de la *lectura conspirativa* como motor de la acción revolucionaria, suele recalcar en el registro —con su peligrosa doble significación— valorativo de las lecturas, los libros y las bibliotecas de sus principales actores, bien nutridas incluso en zonas apartadas, como ocurre con la de Miguel Hidalgo, cuyo curato de San Felipe —pequeño poblado del actual Estado de Guanajuato— se había convertido, según los vecinos, en una "Francia chiquita". Extenso pero ilustrativo al respecto creo que es el fragmento siguiente de *Hidalgo. La vida del héroe* de Luis Castillo Ledón, en cuanto a la descripción en sí de la biblioteca y en cuanto a las acotaciones que amplían su relevancia: "Son sus obras y escritores predilectos: el *Tratado de Auxilios*, de Agustín Leblanc; la *Historia Antigua de México* (en italiano), de Clavijero; el *Predio Rústico*, poema virgiliano, del jesuita Vanière; la *Theología Suplex*, de Serry ...; la *Historia Eclesiástica del Antiguo y Nuevo Testamento*, de fray Natal Alejandro, perseguido por la Inquisición; la *Historia Eclesiástica*, del abad Fleury (en francés), desfavorable a muchos papas de la Edad Media; la *Historia Antigua*, de Rollin, que enseña el fin que tienen los gobiernos despóticos; diversas obras de Agustín Calmet, fuente de sabiduría en materia de ciencias eclesiásticas; el *Ori-gen, progreso y estado actual de toda la literatura*, de Juan Andrés, en diez volúmenes; las *Lecciones de comercio y de economía política*, del padre Antonio Genovesi, escritor de libertades impropias de un buen teólogo; la *Historia natural*, de Buffon, que enseña la grandeza del mundo; las *Causas*, célebres e interesantes (en francés); las obras de "Cicerón"; las tragedias de "Racine", plena de todas las emociones del espíritu humano; el teatro de "Molière", profundo y alegre, modelo de lo cómico; las arengas de "Demostenes y

Esquines" (en francés), maestros de la elocuencia griega; las obras de "Bossuet", el filósofo doctrinario; las "Fábulas" de La Fontaine, el "imitador inimitable", que constituye su moralista ordinario.

En las noches especialmente, hace tertulias en las que se pasan las horas jugando al tresillo, al mus, a la malilla; departiendo sobre literatura, ciencias, artes, industrias; comentando asuntos políticos del día, ya del Virreinato o bien de Europa, pues las *Gacetas* traen resúmenes de la Gran Revolución, la declaración de guerra hecha a Francia por Carlos IV, primero, el tratado de paz, después, y otras muchas sensacionales noticias."²²

Ficcionalización de la lectura en las novelas del XIX

La novela es el libro de las masas. ... Quizás ... está llamada a abrir el camino a las clases pobres, para que lleguen a la altura de este círculo privilegiado y se confundan con él. Quizás la novela no es más que la iniciación del pueblo en los misterios de la civilización moderna, y la instrucción gradual que se le da para el sacerdocio del porvenir ... la novela, como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, será un vínculo de unión con ellos, y tal vez el más fuerte.

Ignacio Manuel Altamirano

Recién en la segunda mitad del XIX, cuando comienza a conformarse un incipiente cuerpo de novelas, se apela a la mención y a la representación de la lectura, hecho que propicia la mirada optimista de Ariana Castillo de Berchenko ("El mundo humano que habita las novelas románticas latinoamericanas ama leer"²³). A medida que avanza el siglo, la ausencia, si es esperable en el medio social representado, o el mal uso tanto como la confianza irreflexiva en la lectura

amplia puede interpretarse casi siempre como una crítica implícita a las élites, o bien como expresión del temor de éstas ante los efectos de la apropiación descontrolada de la cultura impresa por el nuevo público. Me detendré solamente en dos ejemplos. En *La Gran Aldea* (1884) de Lucio V. López se descalifica la capacidad para dirigir los destinos de la Argentina de los políticos mitristas, apelando al desprecio ignorante del doctor Treveño: "¡Los libros no sirven para nada! ... Para ocupar altas posiciones en este país, no se necesita aprender nada!"²⁴

Por su parte, el mexicano Emilio Rabasa (publica *La bola* y *La gran ciencia*, ambas en 1887, y al año siguiente *El cuarto poder* y *Moneda falsa*), adscripto al programa positivista de Porfirio Díaz, hace del falso saber un motor fundamental de sus tramas narrativas para acusar a las burocracias y a la dirigencias políticas tanto como a la prensa servil por el "desorden" en que culmina el período de la Reforma. Dos menciones específicas ilustran el pasaje de la lectura intencional a la extensiva y su influjo contrapuesto en la formación de Juanito Quiñones y de Pepe Rojo, este último azeado en el juego político, esa *gran ciencia* que da título a su novela. En uno de los capítulos iniciales de *La bola*, el primero rememora sus años de estudio y sus lecturas, a las que veía como vehículo apto para cubrir sus pretensiones de ascenso social: "me sabía como el Padre Nuestro la gramática de Quiroz, la aritmética comercial que era texto en San Martín, y había leído diez o quince veces el *Instructor* y otras tantas el *Periquillo*".

Estamos ante la disponibilidad de unos pocos libros cuya lectura repetida alimenta las ilusorias expectativas del ingenuo joven campesino. En *La gran ciencia*, en cambio, la ironía de la cita anterior se convierte en abierta advertencia acerca de los peligros de la lectura extensiva, cuando Juancito Quiñones, ya en la capital de su provincia como escribiente del gobernador, comenta la irregularidad y los engaños de Pepe Rojo sobre sus proclamados estudios de derecho -"Leía muchos libros que parecían prestados, según

entraban y salían, quedando tan poco tiempo en casa, que apenas podía yo imponerme de sus títulos y leer algunas páginas. Y en verdad que con tan diversa y variada lectura, hecha a vapor, no sé cómo aquel hombre no perdió la cabeza. *Los Girondinos*, *El Periquillo*, la *Física* de Brisson, *El Album de las Flores*, *El Tesoro del Parnaso Español*, *El Principio* de Maquiavelo, los *Cuentos* de Dickens, las *Leyes de Toro*, el *Alvarex*, y muchos otros libros que jamás pudieran tener concordia ni armonía entre sí, devorados por el estudiante con la misma avidez, sin contar los periódicos de todos tamaños, colores y condiciones, que leía desde el título hasta el último anuncio.²⁵ La oferta "excesiva" y las modas amenazan con —y al mismo tiempo secundan y justifican— la pérdida de los valores cívicos al alentar un conocimiento superficial y abigarrado, incoherente.

Participar de los beneficios —y las prebendas— que el poder daba era uno de los reclamos de amplios sectores marginados de la población, no siempre dispuestos a esperar los beneficiosos resultados prometidos por la evolución sistematizada sostenida por el positivismo. Si se hacían ver en las revueltas (las bolas) de los caudillos regionales representados en la novela de Rabasa, también empezaban a cobrar nueva visibilidad como actores en distintas instancias de la vida social, auxiliados por la creciente y variada oferta educativa, aunque ésta cumpliera precariamente y a desgano con la programación planteada.

Los enfrentamientos armados así como los desacuerdos ideológicos y políticos tanto como las dudas entre las ventas y los riesgos de esa educación extensa, difícil además de llevar adelante por los requerimientos económicos, las dificultades que presentaban territorios deficientemente comunicados y la falta de profesionales competentes, retardaron la acción de los Estados. En buena medida la naciente oferta de impresos estaba en manos de librerías y editores empresarios de distinta envergadura en los distintos países, apoyados por la propaganda y los discursos de la prensa, que solía descansar en sus manos.²⁶ Esta disponibilidad enjugó

carencias al proporcionar muy diversos materiales útiles para el desarrollo de las distintas actividades económicas, para el entretenimiento o para satisfacer la curiosidad sobre los adelantos y los conocimientos de una modernidad que había estado vedada a grandes grupos de la población.²⁷ Las representaciones recién comentadas subrayan la función política del libro, ligado a las discusiones sobre los criterios a seguir para lograr la normativización y el control social, en los cuales pesaba especialmente el ataque reiterado a folletines y novelas, juzgados en general como mero entretenimiento y evasión, y sobre todo moralmente nocivos, en una América Latina donde estaba instalada la censura eclesiástica y la educación dependía de la Iglesia, muchas veces aliada a gobiernos ultramontanos. Pero la novela, y en ella las escenas la lectura, tenía una función no menos significativa en cuanto ayudaba a singularizar las subjetividades de los personajes, distinguidas por rasgos valorados o rechazados (muchas veces mediante tópicos suficientemente afianzados en los relatos que llegaban sobre todo de Europa), a la vez que diseñaban conductas sobre el uso del libro y el ocio en los diferentes sectores integrantes de la nación, nación a la que había que singularizar mediante una identidad en la cual reconocerse, más allá de las diferencias locales y regionales, y más acá de lo compartido (lengua, tradiciones, conductas, costumbres) con las restantes nuevas repúblicas.

Por otra parte, la edición escasa y la circulación deficiente cooperaban para restringir el necesario intercambio y la búsqueda de proyección de los autores más allá de los ámbitos nacionales, como claramente deja ver en 1886 Juan Valera en *Nuevas cartas americanas*: "Nuestros libreros hacen de testablemente el comercio de libros. Si no fuese así, nos conoceríamos mejor, y como nos debemos conocer. No habría libro americano que no se conociese en España, ni libro español que no fuese por toda América", panorama que algo cambia diez años después —a pesar de lo mal que en España se hace el comercio de libros, los autores hispanoamericanos empiezan a ser entre nosotros bastante conocidos".²⁸

Vicisitudes del lector moderno

El llamado secretario extrajo de debajo de una piedra un pequeño cuaderno que era un ejemplar de la traducción de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, impresa clandestinamente por Nariño, en Bogotá...

-Ciudadano Fonta, debajo de ese cajón en que usted está sentado hay un libro. Tenga la bondad de dármele.

Levantó el cajón. Debajo había un libro amarillo de usado y muy viejo. Sobre la cubierta se leía: "Du contrat social ou principes du droit politique, par J.J. Rousseau, citoyen de Genève à Amsterdam chez M.M. Rev. 1762."

Arturo Uslar Pietri, Las lanzas coloradas

El acceso a los libros seguía siendo difícil en ese período de renovación cultural de la década del veinte en Chile si atendemos al testimonio de José Zapiola, confiable hasta donde pueden serlo las memorias. El mismo nos ilustra no solo acerca de las dificultades de hacerse de la obra deseada, muchas veces mediante el préstamo o la reventa, sino también de una muy singular *lectura intensiva* de autores modernos por jóvenes liberales, al amparo de la memorización de Rousseau, casi como de devocionario (como un nuevo Catecismo del padre Ripalda). Es uno de los inicios de la formación de un lectorado moderno. Estamos en este caso frente a lectores masculinos, universitarios, embarcados en las disputas acerca de la organización de las nuevas repúblicas.

Vale la pena apuntar sus recuerdos in extenso: "En cuanto a libros, si se exceptúa el catecismo, cada uno ejercitaba la lectura en el que podía proporcionarse. Generalmente eran libros piadosos. Los impíos e inmorales no empezaron a circular en Chile hasta el año 20, a muy alto precio. *Las ruinas de Palmira*, un tomo en 4°, se vendía al principio a 30 pesos.

Vivo está el condiscípulo nuestro que lo vendía en su tienda más tarde, con una gran rebaja, a onza de oro. *El contrato social*, diminuto volumen en 8°, lo compramos y vendimos, después de leerlo, en 4 pesos. Con un oficial de ese tiempo ... nos arreglamos para comprar *El origen de los cultos* (compendio) en 12 pesos, dando cada uno la mitad. Las obras inmundas de Pigault, Lebrun, Parny, etc., no eran más baratas.²⁹ Rousseau dice: 'Plutarco es mi hombre'. Nosotros podíamos decir entonces: '*Rousseau es el nuestro*'. La *Profesión de fe del Vicario de Saboya*, tan extensa como es, la sabíamos en gran parte de memoria. La lectura de estos libros, y de otros más o menos impíos y abominables, dieron cuenta de nuestras creencias; pero Dios quiso más tarde alejarnos, mediante otras lecturas, de la senda que conduce fatalmente al chiquero de Epicuro. Si tal escasez de libros había el año 20, cuando comerciábamos con todo el mundo, ¿qué sería ocho o diez años antes, en que solo se acercaban a nuestros puertos, es decir, a Valparaíso, los buques españoles, y en que recibíamos por tierra, de Buenos Aires, algunos escasos efectos? Lo que es librerías, puede decirse que no eran conocidas, si no se da este nombre a tal o cual tienda, de españoles siempre, donde, entre los géneros, se divisaba uno que otro volumen. Un hecho hablará más claro de nuestras observaciones. Cuando, en 1813, se abrió el *Convictorio de San Carlos*, preludio del instituto, que se instaló pocos meses después, el Gobierno, dirigiéndose a los padres de familia, les decía: El Gobierno tiene destinadas personas que, con la mayor seguridad y actividad, proporcionen libros elementales e instrumentos científicos a todos los que quieran comprarlos en Buenos Aires o en Europa para instrucción de su familia."³⁰

Desvanecer estos temores, fruto de una multiplicada frecuentación de lo impreso, guiará nuevamente al estado chileno a decretar en 1849 el control en la Biblioteca Nacional del préstamo de las novelas consideradas inmorales o inconvenientes para los jóvenes, no solo según la edad sino también según la condición social del usuario.³¹

Las librerías, entretanto, lentamente iban comenzando a aparecer. Procuraban dinamizar la atracción de la clientela haciendo de ellas un centro de reunión, especialmente cuando ampliaban la oferta de materiales con los *gabinets de lectura*. Hemos abordado en parte la presencia del libro en Chile en el capítulo anterior, por eso revisaremos brevemente la situación en Argentina, con la cual parte del lectorado chileno de élite tiene significativos lazos.

En Buenos Aires había cinco librerías en 1830, año de fundación de la tradicional Librería del Colegio porteño, a las que se sumaban el librero Usandivaras y la tienda de Ochagavía, donde se podían encontrar libros y periódicos. El viajero francés Arsène Ysabelle informa que había seis librerías, un gabinete de lectura y dos círculos comerciales, con los principales diarios europeos y americanos... En 1834 había disminuido notablemente la variedad y el número de periódicos que aparecían en 1826. Con tropiezos, sin embargo, en esa década se incrementa la oferta, acompañando la emergencia de la generación del 37, cuya preocupación por la literatura y la cultura propia se produce junto con la creación de la edición nacional.³² Esteban Echeverría, extendía su popularidad en esos años con los cancioneros impresos que se difundían con éxito en ambas márgenes del Plata, proyectando su nombre más allá de un público alfabetizado. En 1834 aparece la edición de *Los consuelos*, la misma que lee Carmen Arriagada, hecha por la imprenta de Pedro Ponce, instalada nueve años antes. Al año siguiente comienza la edición, por la Imprenta del Estado, de la importante *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata*, en seis volúmenes, dirigida por Pedro de Angelis, quien tenía, además, una de las más ricas bibliotecas de la ciudad.

Cuando la Nueva Librería de Marcos Sastre, inaugurada en 1833, cambia su nombre por el de Librería Argentina (1835), abre también su *gabinete de lectura*, con suscripciones públicas, amplio horario (de 7 a 14 y de 17 a 22) y publicaciones que buscan satisfacer a lectores con muy di-

versos intereses. El aviso de inauguración concluye ofreciendo obras literarias, presentadas como entretenimiento instructivo y cuidadoso de la moral: "Tampoco faltan historias agradables, buenas poesías, novelas divertidas e instructivas que pueden distraer útil y deleitosamente al que quiera vacar sus fatigosas ocupaciones Ningún autor impió, ningún libro inmoral, ni de máximas peligrosas o falsos principios se hallará en el Gabinete de Lectura: por manera que los padres pueden mandar allí a sus hijos, con la seguridad, de que no leerán sino libros que les inspiren amor a la religión y a la virtud, amor al saber, afición al estudio y al trabajo, tedio a la ociosidad y aversión a todo lo que sea contrario a la sana moral y a la verdadera ciencia."³³ Sin embargo, el inicial "tampoco faltan" nos habla de una suerte de segundo lugar dado a la novela en el público que intentaba alcanzar el aviso, entrevisto como especialmente atraído por las ideas modernas europeas. Si por una parte esto es indicio de la existencia de lectores diferenciados, y es indudable que las propagandas de la prensa nos proporcionan buena información al respecto, siempre hay que tomar en cuenta la orientación ideológica —y estética— del diario y los intereses económicos del librero, entre otros elementos de juicio, pues los muy diversos modos de circulación del material y el conocimiento de ellos suelen superar los datos.

Al respecto, solo quiero traer un ejemplo proveniente del detalle, fechado en 1838, de la biblioteca que ha acompañado la formación de José V. Lastarria, coetáneo de José Zapiola, en cuanto al hecho de que, de los 263 volúmenes inventariados, solo unos pocos son novelas —*Las novelas ejemplares* de Cervantes y dos de Walter Scott. Seguramente debemos entender esta ausencia reparando en que estamos ante libros que se poseen y se guardan, en razón de las preocupaciones (políticas y sociales) del dueño como un material indispensable para la elaboración de sus propios textos, sin aventurarnos a reducir la lectura de novelas (o de otros géneros discursivos) al inventario de su biblioteca. Surge aquí la cuestión de deslindar la lectura de la propiedad del libro. Por

cierto, los inventarios de libros son útiles en cuanto a la circulación o interés depositado en la permanencia —muchas veces ligada a criterios de utilidad, de relectura, etc.—, junto a muchas otras circunstancias aleatorias, entre ellas las posibilidades de compra y la disponibilidad de dinero, pero no son necesariamente índice de las lecturas concretas del propietario³⁴.

Las precauciones del aviso citado de la Librería Argentina acerca de la moralidad de sus ofertas son claro signo también de cómo gravitaban en el consumo de libros concepciones arraigadas en la vida social, resguardadas además por importantes grupos de opinión, en tanto escritores, críticos, políticos y periodistas bregan por moderar o abolir un control que impide no solo una educación moderna sino también el desarrollo del comercio y la industria editorial, difícil ya por el número de habitantes, y en ellos, por el alto número de analfabetos, por la dispersión en amplios territorios mal comunicados y por la competencia extranjera.

Por otra parte, a los avatares de la política nacional se agregaban los de la internacional para la recepción de materiales impresos, como prueban los testimonios divergentes de Vicente ~~Malos~~ López y Arsène Ysabelle sobre el ingreso de libros a Buenos Aires.

El primero de ellos proporciona en su *Autobiografía* buenos datos sobre una nueva formación de lectores en Buenos Aires. La educación surgida del aprendizaje en el *Plutarco de la juventud* lo habían hecho poseedor a los diez años de una buena capacidad de lectura, algo menor en escritura, además del manejo de cuentas y del catecismo cristiano, competencias primeras que perfeccionadas y completadas le abrieron las puertas a la enseñanza universitaria. El entusiasmo despertado por los nuevos conocimientos adquiridos en las clases y en la *Ideología* de Diego Alcorta, corrobora la persistencia de las copias manuscritas cuando nos refiere que así circulaban ejemplares de ese texto. Multiplica el entusiasmo la inusitada importación de libros, posible gracias a la caída de los Borbones y la llegada al trono de Francia de

Luis Felipe de Orléans combinada con circunstancias nacionales propicias: "Nadie es hoy capaz de hacerse una idea del sacudimiento moral que este suceso produjo en la juventud argentina que cursaba las aulas universitarias. No sé cómo produjo una entrada torrencial de libros y autores que no se había oído mencionar hasta entonces. Las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Merimée, Nisard, etc., andaban en nuestras manos produciendo una *novelería fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores* ... *Nos arrebatábamos* las obras de Victor Hugo, de Sainte-Beuve, las tragedias de Casimir Delavigne, los dramas de Dumas y de Victor Ducange, George Sand, etc.... Por fortuna este movimiento, en el que *aprendíamos a pensar a la moderna y a escribir con intenciones nuevas y con formas novísimas*, cuadraba con el final del primer período gubernativo de Rosas (1932) y con la nueva gobernación del general Balcarce que aunque emergente de Rosas, hacía columbrar un respecto más espontáneo y natural hacia el movimiento libre de las ideas". Al igual que en otros centros hispanoamericanos, este ingreso se ve apuntalado por adhesiones a la novedad, a las modas, que provocaban en los jóvenes acaudalados la importación directa, narrada por Vicente Fidel López en Santiago Viola, quien se hace traer de París no solo los libros más famosos franceses, italianos y alemanes en traducción, sino también los retratos de los autores, dato que se suma al apuntado en Carmen Arriagada en cuanto a la conformación de la figura del autor en nuestro ámbito.³⁵

De la repercusión causada por la irrupción de estos materiales, y de las luchas estéticas e ideológicas entre "antiguos" y "modernos", nos da una idea la búsqueda de efectos cómicos de Claudio Cuenca en su comedia *Don Tadeo* a través del parlamento de Don Diego, un librero escandalizado ante los nuevos pedidos de sus clientes: "Sué, Ducange, Beranger, / Scott, Scribe, L'Hermínier, / Víctor Hugo, Blaire, Dumas, / Chateaubriand y otros así / no más me piden; en inglés, / en italiano, en francés, / en alemán... Para mí, / no me quitan

que esos hombres / son herejes y paganos: / que no pueden los cristianos / tener tan horribles nombres." ³⁶

Pero, según el relato de Ysabelle, esta libertad duró poco pues a raíz de la importación hecha por un negociante francés de obras de Voltaire, Diderot, Volney y Raynal, entre otros, se ordenó la quema de todos los libros y se encarceló a los introductores.

Los difíciles marcos de circulación del impreso

Estamos aquí ante la *demonización del libro*, según los imperativos de enfrentamientos políticos e ideológicos exacerbados por las coyunturas, vista ya en el fragmento de las memorias de Zapiola, en una retrosección semejante a la de otros intelectuales en la condena a la biblioteca juvenil, signo de un momento de apertura confiada a las nuevas ideas republicanas y liberales, más o menos radicalizadas, "jacobinas", según los centros, en la primera mitad del XIX.

Los viajeros, deseosos de dar la información esperada por sus gobiernos o las empresas de su país sobre las tierras que recorrían, prestaban atención a las formas modernas de sociabilidad, los nuevos gustos en la vestimenta o en el arreglo de las viviendas, sin descuidar la presencia del libro. Xavier Marmier describe el peso de la cultura francesa en la Buenos Aires de 1850, reponiendo la biblioteca francesa defendestrada en el relato de Ysabelle, aunque cautamente limitada a lo literario: "un sastre coloca en su vidriera el nuevo figurín del *Journal des Modes* que ha llegado la vispera por el paquebote del Havre y que será la atracción de los elegantes; un librero dispone cuidadosamente sobre sus estantes una colección de libros. El librero se sentiría perplejo si alguien le pidiera las obras de Garcilaso de la Vega o de algún otro historiador español antiguo, pero siempre tiene a mano las novelas de Dumas, de Sandeau y las poesías de Alfred de Musset." ³⁷

Los cambios ideológicos y políticos revierten bibliotecas y lecturas, tanto privadas como públicas. El libro es parte del centro de las disputas, y la novela resulta buen vehículo de difusión de sus beneficios y riesgos: el impacto ante el "desorden" acarreado por las revoluciones de independencia y las guerras civiles actúa con fuerza en las luchas por la imposición o la recomendación de las *lecturas apropiadas* en las aulas de la escuela elemental hasta las universitarias durante todo el siglo XIX, pasando por la tutela familiar, alterada por las transformaciones en los hábitos provocados por la lectura a solas y en silencio, mucho menos controlable.

Abundan las polémicas sobre estas cuestiones, y de ellas pueden ser un ejemplo las violentas disputas en Colombia a lo largo del siglo, respecto de los derechos del estado para conducir la educación pública sin respetar la autoridad papal y de la Iglesia. Se libró una verdadera batalla respectiva de la enseñanza de la *Ideología* de Destut de Tracy y de la filosofía utilitarista de Bentham en las aulas universitarias, aunque los alcances esperados de las imposiciones oficiales sobre la obligatoriedad o la exclusión de estos autores se vieron en buena medida frustrados por la actitud de los profesores o los estudiantes, que se proveían en las librerías de las obras censuradas, como lo atestigua José María de Samper en su *Historia de una alma* (1881), quien apunta entre otros títulos *El contrato social* de Rousseau, *Deontología y legislación* de Bentham o el *Diccionario filosófico* de Voltaire.

En los fuertes enfrentamientos entre los radicales, responsables de la reforma educativa de 1870, y los conservadores católicos más tradicionalistas la demonización del libro se exaspera: "Para Miguel Antonio Caro o para José María Groot la religión abstracta y el Ser Supremo que reconocían los radicales eran un eco del Supremo Legislador del Universo de los francmasones y de la religión natural de los impíos pensadores de la Ilustración del siglo XVIII. Eran también el pórtico del ateísmo que completaría la difusión de la impiedad apoyada en las enseñanzas materialistas de

los filósofos sensualistas como Tracy. Y tras la impiedad vendrían la anarquía y el comunismo. Sin educación religiosa la comuna era inevitable, decía José Joaquín Ortiz en *La Caridad*.³⁸ Cuando José Caicedo Rojas publica en *Escritos escogidos* (1883) su breve biografía de José Manuel Groot (1800-1878) coincide con el enjuiciamiento a las lecturas erradas hecho por el mismo Groot quien, encarrilado, se convertirá en apasionado promotor del catolicismo tradicionalista y valorizador del pasado colonial. Caicedo Rojas deja muy en claro la importancia que otorga a una esmerada educación y al papel de los maestros (peligrosos a veces) y los afectos, al detenerse en la formación de Groot desde su infancia, en manos de Manuel Rodríguez y de su biblioteca, y de otros preceptores, basada en "Dupuy, Volney, Tracy, Condillac, Rousseau, Voltaire, Montesquieu, etc.", pronto reemplazados por "el abate Barruel, Haeydech, Frayssinus, Chateaubriand, el abate Guenée y otros valientes impugnadores de aquellos" gracias a los consejos de Miguel Tovar, verdadera "biblioteca viviente", y los de la esposa, quien "contribuyó en gran parte a que Groot volviese al buen camino".³⁹

Son solo algunos ejemplos del peso de la censura oficial, de la censura previa y la autocensura o la proveniente de las familias y los educadores en horizontes morales e ideológicos en crisis, debido a los cambios económicos y sociales que comprometían el predominio de los grupos de poder en la vida privada y pública. La censura limitó y entorpeció la libre circulación del libro en las nuevas naciones, con diversa intensidad y resultados, aunque casi siempre significativos, en un momento de lucha por la *secularización de la cultura*. Era un emergente entre otros modos de imposiciones ideológicas de dichos sectores, entre ellos la Iglesia, comprometidos en debates en los cuales pesaban las ideas de la Ilustración y del liberalismo enfrentados a concepciones ligadas al antiguo régimen, cuya importancia se visualizaba en la recomendación de unas u otras *lecturas benéficas*, pero siempre imprescindibles para el trabajo legislador que debía proporcionar al Estado una doctrina coherente y pragmática,

es decir principios viables y acordes con expectativas que lograrán consenso. Las escenas de lectura de memorias y autobiografías han dado amplio espacio a estas cuestiones.

Inicia en Chile las demandas sobre los daños de tal res-tricción, Andrés Bello, de importancia fundamental como formador de la opinión, del gusto y de la doble inserción de la República de las Letras en los programas de difusión del conocimiento, tanto en las instituciones educativas de todos los niveles de instrucción —presente en su discurso en la inauguración de la Universidad en 1843, de la que es rector entre ese año y 1864— como en su intervención en la política cultural, entre otros medios, a través del periódico por él fundado en 1830, *El Araucano*, y a cuyo cargo estuvo la sección extranjera, y de las letras y las ciencias hasta 1853.⁴⁰

Son los años del orden autoritario de Diego Portales, con fuerte hegemonía conservadora, desde 1830 hasta su asesinato en 1834. Con una posición moderada Bello argumenta, desde distintos ángulos, sobre los prejuicios ocasionados por la fiscalización eclesiástica sobre el libro: "No alcanzamos qué razón haya para la prohibición de la *Delfina*, novela de Madame de Staël, cuyas obras se distinguen todas por la pureza de los sentimientos morales. Si esta novela se prohíbe, no se deben tratar con más benignidad las de Richardson, Walter Scott, y otros muchos. Con que, para ser consecuentes, hemos de poner en el expurgatorio chileno casi todo cuanto se ha escrito de festivo y satírico en nuestra lengua, incluyendo el Gil Blas y el Quijote... ¿No es hora ya de levantar un entredicho que nos priva de tantos libros útiles y necesarios, y que, por otra parte, es una táctica condenación a los principios que profesamos y en cuya defensa ha corrido la sangre chilena?", escribe en *El Araucano* del 21 de abril de 1832.⁴¹ Si aquí se preocupa por la lectura de amplios sectores, más tarde, el 23 de noviembre, su queja se detiene en la prohibición de obras —*El espíritu de las leyes* de Montesquieu o la *Historia de la Inquisición española* de Llorente—, indispensables en la formación de la élite requerida para cooperar en la dirección del Estado. El 6 de diciembre comprue-

ba el éxito de su prédica, junto a otras presiones en el mismo sentido, pues se crea una comisión de censura mixta, integrada por eclesiásticos y laicos, entre ellos el mismo Bello.

Si bien la censura se suprime en 1878, comentarios críticos de los diarios chilenos seguirán insistiendo acerca de los frenos que al desarrollo de una literatura nacional, sobre todo del teatro y la novela, se sigue poniendo desde el púlpito o desde las publicaciones. Esta situación se repite en toda América Latina en el siglo XIX, a veces con actos de censura extremos —la quema en la plaza pública en el Perú de la novela *Aves sin nido* (1889), y la excomunión de la autora, Clorinda Matto de Turner— y ha continuado en el XX, sobre todo durante las dictaduras militares.⁴² Entre los recuerdos de mi experiencia de trabajo en Siglo XXI me anonada todavía el aparente conocimiento asombroso de la policía argentina, la cual, en 1977, detuvo a los que realizaban un reparto de libros de la editorial e incautó, sin dudar un segundo, la *Gramatología* de Derrida, según dijeron, por su claro carácter subversivo.

Durante todo el XIX, por lo menos, la producción, edición y circulación de la novela —y del libro en general—, y la consiguiente formación de un público con posibilidades de ampliación, no solo era consecuencia de los planes de educación o del desarrollo de la actividad comercial e industrial. Requería también una paz social, interferida a lo largo del siglo por las guerras civiles, las revoluciones y el predominio de gobiernos autoritarios, cuando no simplemente dictatoriales. Los datos existentes sobre alfabetización —bastante inciertos y escasos— no eran auspiciosos para la lectura en América Latina. El acceso a la educación, posible preponderantemente en los centros urbanos, contribuyó además a acentuar las distancias culturales con las áreas rurales, en las cuales perduró la adhesión a formas más tradicionales con modos de lectura y audiencias diferenciados.

La relevancia del tema, y de los parámetros con que deben leerse todas estas cuestiones, se vuelve clara con solo

introducir el caso de Perú, y ya en el siglo XX, valiéndose del breve y valioso análisis de José Deustua y José Luis Rénique en *Intelectuales, indigenismo y descentralismo en el Perú. 1897-1931*. "El Perú entre 1900 y 1930 continuó siendo un país básicamente rural. Si bien se produjo cierto crecimiento urbano, sobre todo en Lima, el grueso de la población seguía ubicado en las áreas rurales, sea en las comunidades campesinas, haciendas o pequeños pueblos. Tomando como fuente los censos de 1876 y 1940, y según los cálculos de Héctor Maletta, nosotros podemos estimar que para 1900 el 77% de la población vivía en pueblos con menos de 2000 habitantes, cifra que ligeramente se reduce al 73% en 1930. Ciertamente esos villorios, para utilizar la expresión de Luis E. Valcárcel en *Tempestad de los Andes*, eran pequeños mundos casi totalmente apartados de la dinámica nacional. ... O habría que preguntarse si la dinámica 'nacional' no estaba dada por el desarrollo de la vida social de esos pueblos antes que por el imaginario país integrado; ya que ellos componían el grueso de la población nacional. Sobre estas bases estructurales la educación y la cultura se mantuvieron constantes en lo que se refiere a sus patrones tradicionales de existencia. Primaba el inmovilismo sobre la movilidad. La escuela rural ciertamente no existía, el grueso del campesinado era analfabeto en términos occidentales, es decir, no sabía leer ni escribir: en 1940 el 57,6% de la población nacional lo era ... Esta población mantenía, por lo tanto, una educación y una cultura propia, andina, cuyos orígenes eran precolombinos, mixtificados con algunos rasgos hispánicos introducidos sobre todo por los curas doctrineros. Una cultura subalterna, para utilizar la expresión de Antonio Gramsci, que subsistía bajo —y tal vez por— la dominación oligárquica." Los autores señalan para el período elegido un aumento de la alfabetización y la escolarización del 221% frente a un crecimiento poblacional del 140%, pero sigue siendo muy restringido el acceso a la educación secundaria y universitaria, ya que solo la escuela primaria pasó a ser obligatoria y relativamente gratuita. Los escasos Colegios Na-

cionales estaban ubicados en las ciudades de mayor importancia, al servicio de los segmentos sociales urbanos medios y altos. A las pocas universidades (4 en 1900) llegaban apenas el 5% de los estudiantes secundarios y el 0,6% de los alumnos primarios. La concentración de ambos niveles educacionales en los grandes centros urbanos llevaba a la migración, y al desarraigo, perceptibles en César Vallejo y José María Arguedas. En esta experiencia social y cultural se inscriben hoy las reflexiones, y la significación, dada al concepto de migrante por Antonio Cornejo Polar, cuya productividad para pensar conflictos, problemas y peculiaridades continentales se enriquece hoy con la multiplicación de las perspectivas de análisis.⁴³ Por cierto pesa en la fragmentación cultural la heterogeneidad lingüística ya consignada. Como sabemos, la posibilidad de leer no depende únicamente de la escolarización —que con frecuencia capacita para una trabajosa lectura elemental. Intervienen muchos otros factores que, sumados, son la base para las motivaciones individuales o sociales que auspician la lectura —cierta presencia del libro en la cotidianidad, los estímulos para lograr el préstamo o la compra, superar el cansancio de las largas jornadas laborales, la disponibilidad de algunas comodidades de la vivienda (iluminación, etc.)— que sería ocioso enumerar con exhaustividad.

Notas

¹ Recuérdese entre otros aportes, el análisis de Ángel Rama en *Literatura y clase social* (Buenos Aires, Folios, 1983) de algunos de estos problemas, generados por las dificultades en comprender los lazos entre las formas culturales y las diferentes estratificaciones sociales y sus concepciones ideológicas y estéticas en la constitución de la literatura latinoamericana, cuya envergadura se percibe en la conformación de muy diversos y dispersos públicos y lectorados.

² Cornejo Polar, Antonio, *Escribir en el aire*, ed. cit., p. 124. En "La literatura hispanoamericana del siglo XIX: continuidad y ruptura a partir del caso andino" vuelve a este tema: "Para referirme solamente al caso de Colombia ... es notoriamente significativo que críticos de muy diversas tendencias, como Samper, Vergara y Vergara o Camacho Roldán, expresaran sin reticencias sus expectativas acerca de que la novela sería un eficazísimo instrumento para la modernización del país, para su constitución como verdadera nación y —ciertamente— para el surgimiento de una auténtica literatura nacional, aunque tal vez sea aun más significativo que quienes no perdían sus nostalgias coloniales y condenaban la modernidad como peligro casi satánico aconsejaran una y otra vez, sobre todo a los escritores jóvenes, que no cultivaran un género tan peligroso." En VV.AA., *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Avila, 1994, p. 21.

Observa también Jorge I. Domínguez: "En 1810, la tasa de alfabetización para adultos (personas de más de quince años) no pasaba del 20 por ciento en ninguno de los países ... , y probablemente se encontraba más cerca de 10-12 por ciento. El límite superior, al que acaso se aproximara México, era de 14-17 por ciento." En *Insurrección o lealtad. La desintegración del Imperio español en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 29.

³ Si bien en Europa se pueden datar hacia 1750 evidencias de la aparición de nuevos hábitos de lectura, caracterizados por la lectura extensiva en algunos centros europeos, el proceso transformador de la experiencia de lectura se vuelve realmente relevante cuando ha transcurrido buena parte del siglo XIX, debido a las innovaciones tecnológicas en la impresión, unidas al comercio más organizado del libro, al aumento de la variedad en la oferta que concitaba el uso del tiempo libre, también creciente en ciertos sectores sociales, y la ampliación del público lector, como consecuencia de la alfabetización, entre otras causas. Véase Roger Chartier y Henri-Jean Martin, eds., *Histoire de l'édition française*, París, Promodis, vol. 2. Sobre alfabetización apunto los datos siguientes: "En la Francia revolucionaria, cerca de la mitad de la población leía y aproximadamente el 30% de las mujeres. En Gran Bretaña, donde el índice de alfabetización era más elevado, hacia 1850 un 70% de los hombres y un 55% de las muje-

res leían. En el Imperio alemán, un 88% de la población estaba alfabetizada en 1871.³ Tomo la información de Martyn Lyons, "Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros" en Gubielmo Cavallo y Roger Chartier, dirs., *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998.

⁴ Rafael Gutiérrez Girardot en *El intelectual y la historia* coincide con Cornejo Polar en la importancia del cuadro de costumbres en la formación de un nuevo público lector y de la vida literaria en Hispanoamérica, planteando además otras consideraciones relevantes (Caracas, Fondo Editorial La Nave Va, 2001, pp. 137-143 especialmente). En los capítulos anteriores expuse algunas causas de la emergencia de un público moderno.

⁵ "La literatura hispanoamericana del siglo XIX: continuidad y ruptura (hipótesis a partir del caso andino)" en *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, ed. cit. pp. 11-23.

⁶ Anne Staples, "La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente" en *Historia de la lectura en México*, México, El Ermitaño-El Colegio de México, 1988, p. 102. La cita intercalada por la especialista proviene de Lucas Alamán.

⁷ José Joaquín Fernández de Lizardi, *Don Catrín de la Fachenda y fragmentos de otras obras*. Introducción, selección y notas de Jefferson Rea Speli, México, Cultura, 1944, pp. 248-249.

⁸ Candido, Antonio, "Literatura y subdesarrollo", en César Fernández Moreno, comp., *América Latina en su literatura*, México-París, Siglo XXI-UNESCO, 1972, pp. 46-47.

⁹ México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 96 y 101. Las cursivas son del autor.

¹⁰ "La comunidad de lectores y la formación del espacio público en el Chile revolucionario de la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833)", en François-Xavier Guerra, Annick Lempérière et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica*, ed. cit., p. 299.

¹¹ Luis González Obregón, *Novelistas mexicanos: José Joaquín Fernández de Lizardi (El Pensador Mexicano)*, México, Botas, 1938; Jefferson Rea Speli, *The life and works of José Joaquín Fernández de Lizardi*, Filadelfia, Universidad de Pennsylvania, 1931; Paul Radin dirigió, comentó y anotó la edición mimeografiada del catálogo de la donación de Sutró a la San Francisco Public Library entre 1938 y 1940.

¹² Compilación dirigida por Justo Sierra y la colaboración de Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel.

¹³ *La ciudad letrada*, Montevideo, Fundación Angel Rama, 1984, p. 66.

¹⁴ *Ibidem*, p. XVI.

¹⁵ Como es muy sabido, la Corona española prohibió a partir de 1543 el ingreso en las colonias americanas de "libros de romance y materias profanas y fabulosas, así como libros de Amadís".

¹⁶ Las preocupaciones de Lizardi sobre la educación femenina, especialmente presentes en *La Quijotita y su prima*, se detienen en el efecto de las que considera lecturas perniciosas, mencionando los libros que posea una mujer frívola o que son devorados por su hija, entre ellos algunas

novelas que seguramente le han sido útiles a Lizardi para las historias sentimentales paralelas de las dos primas (la pecadora y la virtuosa), como sucede con *Clarisse Harlowe* de Richardson, del cual también rechaza su *Pamela*, además de *Atala* de Chateaubriand.

¹⁷ Véase el capítulo "Sentido y sensualidad: observaciones sobre el período nacional, 1812-1910" en el libro de Jean Franco, *Las conspiradoras. La representación de la mujer en México*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1994.

¹⁸ "Digo que en América hay muchos sabios; pero hay infinitamente muchos más ignorantes por educación, no por naturaleza. Me explicaré, porque yo gusto que me entiendan hasta los aguadores, y cuando escribo jamás uso voces exóticas o extrañas, no porque las ignore, sino porque no trato de que me admiren cuatro cultos, sino de que me entiendan los más rudos." José Joaquín Fernández de Lizardi, *Obras. III. Periódicos*, México, Universidad Autónoma de México, 1968, p. 268. De *El Pensador Mexicano*. Tomo II, n. 16, jueves 16 de diciembre de 1813.

¹⁹ Ob. cit., p. 155. Jueves 2 de setiembre de 1813.

²⁰ Ob. cit., vol. 6, p. 378. N. 24, 4 de mayo de 1827.

²¹ Cito por la 16ª edición, México, Porrúa, 1978.

²² Tomo la cita de Jesús Silva Herzog, *El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1967, pp. 40-41.

²³ "Femme et formation littéraire dans le roman romantique latino-américain" en VV.AA., *Le roman romantique latino-américain et ses prolongements*, Paris, L'Harmattan, 1984, p. 52.

²⁴ Buenos Aires, Plus Ultra, 1963, p. 62.

²⁵ Cito por *La bola y La gran ciencia*, México, Porrúa, 1966, pp. 16 y 182-183 respectivamente.

²⁶ Había en la ciudad México hacia mediados del XIX unas veinte librerías (la de Murguía, la de Blanquell, la Librería Mexicana o la Agencia Universal de Libros), además de las alacenas y las imprentas, u otros negocios que se dedicaban a la venta de libros. En la primera década del siglo XX se había duplicado el número de librerías y enriquecido notablemente la oferta.

²⁷ No solo el libro y su organización en colecciones y bibliotecas, o los periódicos y revistas —muchos de ellos hoy en edición facsimilar o en microfílm (si bien no contamos todavía con una fluida circulación de estos últimos entre los distintos centros latinoamericanos)—, también se estudian ahora muy diversos tipos de materiales de circulación amplia y prolongada, como sucede, por ejemplo con los almanaques y calendarios, las hojas volantes, etc., al tiempo que se investiga en detalle la actividad de editores y libreros, con el importante aporte que brinda, entre otras fuentes, la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México, la cual reúne lo publicado entre 1821 y 1853. Antes de dejar México quiero llamar la atención sobre la relevancia actual de este interés muy evidente en el Coloquio Internacional Literatura Mexicana del Otro Fin de Siglo,

celebrado allí a fines de setiembre de 2000, donde se leyeron importantes trabajos, fruto de investigaciones sobre estos temas: Laura Solares Robles, "Los calendarios de Galván y su trascendencia en el ámbito cultural del México decimonónico" y Laura Suárez de la Torre, "Los intereses de las principales casas editoriales de la ciudad de México entre 1840 y 1855", ambas integrantes del equipo de investigación del Instituto Mora; Elisa Speckman Guerra, "Pautas de conducta y código en los impresos de Vanegas Arroyo" (UNAM); Aurelio González: "Literatura popular publicada por Vanegas Arroyo. Textos que conservó la memoria" (El Colegio de México), en Olea Franco, Rafael, ed., *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, ed. cit.

²⁸ Valera, Juan, *Obras completas. Correspondencia*, vol. 3., 2° ed., Madrid, Aguilar, 1947.

²⁹ Los siguientes ejemplos del precio de los libros en México contribuyen a dar idea de lo que ocurría en los restantes países de América Latina: Los dos volúmenes de las *Cartas de Lord Chesterfield* a su hijo se vendía a cuatro pesos, los cuatro tomos de las obras de Calderón de la Barca valían dieciocho pesos, en tanto las obras completas de Boileau costaban veinte y las de Bossuet, cuarenta y ocho, precios que cobran su verdadera dimensión al saber que un maestro ganaba entre 100 y 24 pesos y un profesor universitario, 600, siempre por año. *Historia de la lectura en México*, ed. cit., pp. 95-96.

³⁰ José Zapiola, músico y promotor de la actividad musical en Chile, integró la radicalizada Sociedad de la Igualdad, pasando más tarde a las filas católicas conservadoras. El testimonio proviene de *Recuerdos de treinta años (1810-1840)*, editado en 1872, en Santiago. Cito por la edición de Santiago de Chile, Editorial Francisco de Aguirre, 1974, pp. 21-22.

³¹ Véase Martínez Baeza, *El libro en Chile*, ed. cit. Pocos años antes la Biblioteca Nacional había enriquecido su fondo bibliográfico con la compra de una colección de 10.000 volúmenes de la biblioteca de Mariano Egaña.

³² Véase Jorge Myers, "La revolución en las ideas: La generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas" en Noemí Goldman, dir., *Revolución, República y Confederación (1806-1852). Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, vol. 3, cap. 10.

³³ Tomo la cita de Félix Weinberg, comp., *El Salón Literario*, Buenos Aires, Hachette, 1958, p. 37.

³⁴ El inventario figura en Bernardo Subercaseaux, *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX (Lastarria, ideología y literatura)*, Santiago de Chile, Aconcagua, 1981, p. 39. Como bien señala Roger Chartier en "Du livre au livre" los inventarios de posesión son un índice de lecturas, pero éstas no incluyen las consultas en biblioteca o en gabinetes de lectura, los préstamos entre amigos, etc., que, en el caso de Hispanoamérica por lo menos aparecen como continuo ejemplo. (*Pratiques de la lecture*, Paris, Rivages, 1993, pp. 62-63.)

³⁵ Vicente Fidel López, "Autobiografía" en *La Biblioteca*, vol. 2, Buenos Aires, 1896, pp. 336-337. Las bastardillas son mías.

³⁶ Cito por Rafael A. Arrieta, *La ciudad y los libros. Excursión bibliográfica al pasado porteño*, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1955, pp. 66 y 69.

³⁷ Romero, José Luis, *Las ciudades y las ideas*, ed. cit., p. 228.

³⁸ Jaime Jaramillo Uribe, "El proceso de la educación, del virreinato a la época contemporánea" en VV.AA., *Manual de historia de Colombia*, Bogotá, Colcultura, 3° ed., 1984, vol. 3, p. 270.

³⁹ Cito por José Caicedo Rojas, *Apuntes de ranchería y otros escritos escogidos*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, s.f., pp. 387-388 y 386, respectivamente.

⁴⁰ En 1867, dos años después de la muerte de Andrés Bello, Diego Barros Arana elaboró el catálogo de su biblioteca privada, cuya compra había dispuesto la Universidad de Chile. Barry L. Velleman, en *Andrés Bello y sus libros* (Caracas, La Casa de Bello, 1995) realizó un minucioso inventario de la misma, importante en cuanto permite conocer un caudal de lecturas generacionales, pues Bello las ponía a disposición de sus alumnos particulares. Conviene recordar, además, que Bello había sido asiduo lector en una de las bibliotecas más importantes de Europa, la del Museo Británico (poseyó tarjeta de lector desde 1814), y en la de Francisco Miranda, de seis mil volúmenes, en cuanto a la calidad y procedencia de los conocimientos por él transmitidos. La biblioteca particular de Miranda fue subastada en Londres en 1828 y 1833 (el catálogo de la misma se publicó en 1966).

Es útil para informarse acerca de la oferta de libros en Santiago de Chile consultar los apéndices incluidos por Emir Rodríguez Monegal en *El otro Andrés Bello*. Son ellos una lista ordenada alfabéticamente de las obras prerrománticas y románticas de la biblioteca de Andrés Bello y de la Biblioteca Nacional, en el momento del inventario de Diego Barros Arana (1867) en el primer caso y del inventario de 1854, para el segundo. Ob. cit., pp. 459-472.

⁴¹ Sobre el tema proporcionan valiosos datos, entre otros estudios, Miguel Luis Amunátegui, *Vida de D. Andrés Bello*, Santiago de Chile, Embajada de Venezuela, 1962, y Emir Rodríguez Monegal, *El otro Andrés Bello*, Caracas, Monte Avila, 1969. El primero de ellos considera que fue fundamentalmente la tarea de Bello de fomentar la lectura y el estudio la responsable de la aparición en Chile de "oradores i escritores, como en todas las naciones civilizadas." Tomo esta cita de Rafael Gutiérrez Girardot, *El intelectual y la historia*, Caracas, Fondo Editorial La Nave Va, 2001, p. 82. En este libro el especialista colombiano aborda en muchos capítulos la necesidad de investigar la historia del libro, de la recepción y de la lectura como capítulo importante de la historia social de la literatura hispanoamericana, aún en pañales.

⁴² Véase, por ejemplo, para la Argentina, Andrés Avellaneda, *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina. 1960-1983*, Buenos Aires, Centro Edi-

tor, 1986, 2 vols.; y para Chile, Bernardo Subercaseaux, *Historia, literatura y sociedad. Ensayos de hermenéutica cultural*, Santiago de Chile, Documenta, 1991.

⁴³ Cusco, Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas, 1984, p. 16-17.

4. Modelos extranjeros y literatura nacional

Zanjadas las disidencias y las rivalidades de los primeros momentos de la república, la oligarquía chilena, radicada en Santiago, con el auxilio de alianzas matrimoniales —y los consiguientes lazos de parentesco— consolidó su hegemonía en el poder económico y político a lo largo del siglo XIX. Concluida con el triunfo chileno la guerra con la Confederación Peruano-Boliviana, los gobiernos de Manuel Bulnes y Manuel Montt impulsaron una modernización basada en el desarrollo minero.

En alrededor de veinte años había aumentado el número de habitantes de un poco más de 1.000.000 a algo más de 1.500.000, concentrados en el área agrícola del centro del país, en la cual la población rural ascendía al 80% —dato importante para sopesar la exclusión de la mayoría en el tema que nos ocupa, índice además de situaciones similares, si no peores, en los restantes países latinoamericanos.

Hacia mediados de siglo Santiago de Chile tenía 85.000 habitantes. Se había incrementado considerablemente la escolaridad (de 5.700 alumnos en 1831 se llega a unos 43.000 en 1861) y la alfabetización cubría en 1854 el 17% de la población masculina y el 10% de la femenina; en 1865, las cifras ascendían al 20% y al 14% en uno y otro caso.¹ Además, la oferta educativa creció al sumarse a las dos bibliotecas